

Desintonizaciones y distopías en el espacio público: fundamentos de la disputa e incomunicación en las redes interactivas.

Recibido: 24 de abril de 2025

Aceptado: 12 de febrero de 2026

Disconnections and dystopias in the public sphere: foundations of dispute and miscommunication in interactive networks

Desconexões e distopias na esfera pública: fundamentos da disputa e da falta de comunicação em redes interativas

Derechos de autor 2026

ANUARIO DE ESPACIOS

URBANOS, HISTORIA,

CULTURA Y DISEÑO

Creative Commons License.

Esta obra esta bajo una licencia
internacional *Creative Commons*

Atribución-NoComercial-

Compartirigual 4.0

[https://doi.org/10.24275/](https://doi.org/10.24275/CHPS4212)

CHPS4212

Jorge Gabriel Ortiz Leroux

Area de Semiótica del Diseño, CyAD,

UAM Azcapotzalco

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5004-0495>





Resumen

El presente artículo no es una aproximación empírica al fenómeno de las redes sociales digitales, aunque aborda elementos y ejemplos clave sobre el medio. Trata sobre una serie de premisas, criterios y fundamentos que pueden servir como punto de partida para reconocer y replantear la manera como las entendemos. Asimismo, como reflexión y argumentación sobre dicho fenómeno, apunta hacia los efectos que pueden tener, tomando en cuenta los agentes y los poderes formales e informales que se encuentran detrás de estas redes. La postura rizomática constituye uno de estos fundamentos, en la medida que apunta hacia ciertos rasgos dinámicos y, al mismo tiempo, hacia la exhibición de centralizaciones y jerarquizaciones que conservan y acumulan poder dentro y fuera del medio.

Igualmente, la perspectiva de la sociedad-red de Manuel Castells (2002) permite reconocer el carácter a la vez socializante e individualizante del medio, enfatizando el tipo de “comunidades de interés” que presuponen ciertas proyecciones e imágenes que los concurrentes ponen en práctica en las redes sociales digitales. Se plantea una crítica al modelo comunicativo tradicional, comprendiendo el dinamismo de la virtualidad e incluso las regresiones que, como sociedades, pueden propiciar las plataformas conectadas. Si bien estas expresan potencialidades y nuevas formas de interacción entre sujetos y agentes, también apuntalan una serie de tendencias hacia el desencuentro, la incomunicación y la distopía como trasfondo y efecto de su puesta en marcha.

Palabras clave:
redes sociales
e interactivas,
incomunicación,
banalización,
distopía virtual.



Abstract

This article is not an empirical approach to the phenomenon of digital social networks, although it addresses key elements and examples about the medium. It addresses a series of premises, criteria, and foundations that can serve as a starting point for recognizing and rethinking how we understand them. It also points to the effects they can have, considering the agents and formal and informal powers behind these networks. The rhizomatic approach constitutes one of these foundations, insofar as it points to certain dynamic features and, at the same time, to centralizations and hierarchies that preserve and accumulate power within and outside the medium.

Likewise, Castells' network society perspective (2002) allows us to recognize the simultaneously socializing and individualizing nature of the medium, emphasizing the type of "communities of interest" that presuppose certain projections and images that participants put into practice on social networks. A critique of the traditional communication model is proposed, understanding the dynamism of virtuality, and even the regressions that connected platforms can foster as societies. While they express potential and new forms of interaction between subjects and agents, they also underpin a series of tendencies toward discord, lack of communication, and dystopia as a background and effect of their implementation.

Keywords:
social and
interactive media,
communication
breakdown,
trivialization,
virtual dystopia.

Resumo

Este artigo não é uma abordagem empírica do fenômeno das redes sociais digitais, embora aborde elementos e exemplos-chave sobre o meio. Ela aborda uma série de premissas, critérios e fundamentos que podem servir de ponto de partida para reconhecer e repensar a maneira como os entendemos. Também aponta os efeitos que elas podem ter, levando em conta os agentes e os poderes formais e informais por trás dessas redes. A posição rizomática constitui um desses fundamentos, na medida em que aponta para certas características dinâmicas e, ao mesmo tempo, para centralizações e hierarquias que preservam e acumulam poder dentro e fora do ambiente.

Da mesma forma, a perspectiva da sociedade em rede de Castells (2002) nos permite reconhecer a natureza simultaneamente socializadora e individualizadora do meio, enfatizando o tipo de "comunidades de interesse" que pressupõem certas projeções e imagens que os participantes colocam em prática nas redes sociais. Propõe-se uma crítica ao modelo tradicional de comunicação, entendendo o dinamismo da virtualidade e até mesmo as regressões que as plataformas conectadas podem fomentar como sociedades. Ao mesmo tempo em que expressam potenciais e novas formas de interação entre sujeitos e agentes, elas também sustentam uma série de tendências à discórdia, à falta de comunicação e à distopia como pano de fundo e efeito de sua implementação.

Palavras-clave:
redes sociais e
interativas,
incomunicação,
banalização,
distopia virtual.

1. Introducción

Con el advenimiento del siglo XXI, las esperanzas de cambio y transformación en un entorno de globalización intensiva apuntaban hacia horizontes promisorios. Si bien el siglo XX había conformado con las vanguardias artísticas proyectos y programas innovadores de transformación que resarcían y actualizaban los ideales utópicos finiseculares —tales como la igualdad o la fraternidad—, las dos guerras mundiales y sus efectos en la reconfiguración geopolítica global demostraron fisuras en el proyecto de la modernidad, con una serie de secuelas de destrucción, muerte y violencia. Sugestivamente, Alain Badiou (2014) reconoce estas realidades condensándolas en un gran “acontecimiento”: el cine, conformado como espejo y “sistema relacional” entre los sujetos y el mundo.

La pronta aparición de una proyección “posmoderna” durante la posguerra se propuso dar respuesta a esta crisis civilizatoria del siglo XX. Sin embargo, su configuración como teoría —posmoderna— ha dejado como legado una serie de sugerencias sólidamente fundadas (neohistoricismo y vanguardista), que, a final de cuentas, devuelven el problema a sus raíces: la persistencia de una economía política capitalista, el de-

bilitamiento y fragmentación de los proyectos democráticos occidentales, la consolidación de sistemas de dominio extendidos hacia todos los niveles de lo vital. Lo posmoderno se develó entonces no solo como un fracaso de la modernidad, sino también como una tensión entre pasado y presente, entre tradición y modernidad, poniendo al día la necesidad de un replanteamiento de la existencia y la relación entre la naturaleza y lo humano.

De igual manera, el desdibujamiento del proyecto de la modernidad y el advenimiento de la llamada “posmodernidad” nos introdujeron, entre otras cosas, a escenarios distópicos que han sido profusamente abordados en el cine de ciencia ficción. La fuga hacia un futuro distópico, plagado de rasgos negativos (recordemos la obra pionera y maestra *Blade Runner*, de Ridley Scott), ha encaminado desde hace décadas un imaginario social que se ha intensificado significativamente con el advenimiento del mundo cibernético y en red. En nuestro contexto nacional, recurro al concepto de distopía desarrollado por Juan Pablo García en su obra *La sociedad gandalla: de la utopía a la distopía* (2001), que define consistentemente a partir de una serie de presupuestos: *a)* una zona geográfica deprimente, sin espacios públicos ni opciones culturales; *b)* el distópico trabaja por nada, au-



mentando aritméticamente su esclavitud asalariada: “No gano mucho, pero alcanza para los frijoles”; c) los distópicos viven *zombificados*, sin conciencia ni criterio; nada de lo que piensan o sienten es original, pues todo les es impuesto por el agandalle social estatal. Cada habitante distópico tiene su propio *doppelgänger* (una especie de doble), un fantasma personal que hace exactamente lo que su contraparte, y que le provoca dejarse llevar por sus deseos. Citando a Crane Brinton, García Vallejo reconoce que la distopía es una proyección detallada e imaginativa factual, que sabe que las cosas van mal, pero pueden ir peor (2001, p. 160). El propio autor sitúa sus ideas como un relato de “antificción”, acorde justamente con el carácter premonitorio del concepto de la distopía, que aquí consideramos como un entorno de posibilidades prospectivo que pone límites al exceso de conceptos y lemas guiados exclusivamente por una visión de presente carente de perspectiva temporal.

En este horizonte y en medio del caos y la caída de los regímenes “socialistas” autoritarios en la segunda mitad del siglo XX, la emergencia del mundo digital agregó nuevos elementos de complejidad a esta compleja problemática global, una de cuyas herencias más relevantes ha sido el posicionamiento y dominio de medios y

tecnologías de información con un peso específico cada vez más pujante. Manuel Castells se refirió en su momento a las redes informáticas como entornos conformados por “nodos y flujos” que impactan tanto las finanzas globales como los procesos de comunicación e informatización (2002). Uno de los objetivos del presente texto es justamente reconocer la forma en que se están desenvolviendo las redes digitales y los dilemas o aporías que nos plantean a dos décadas de su advenimiento. Para ello, como hemos perfilado hasta aquí, habremos de recurrir a algunos apuntes de filósofos, comunicadores y ensayistas, así como a reflexiones propias que pretenden fundamentar dichos dilemas, considerando el carácter móvil y dinámico del medio digital, su comportamiento paradójico, así como los mitos y opacidades que se han construido a su alrededor. En este sentido, el camino emprendido aquí es de carácter teórico-reflexivo, a la vez que se ejemplifican elementos relevantes del medio, tomando en cuenta una serie de señales, prácticas y comportamientos que pueden observarse sobre el fenómeno a nivel local y global.

Refiero inicialmente una reflexión propia sobre este proceso global mediático, que nos sitúa en los dilemas contemporáneos de la comunicación:



La Red Internet, cuyo origen estuvo ligado a propósitos militares y centralizados, se ha convertido en un entorno comunitario paradójico, incorporado en una cultura mercantilista de control y regulación, por un lado, pero a la vez inserto en culturas o subculturas basadas en formas propias de cooperación e intercambio de información. En la medida que estos valores de apropiación y uso sean confrontados, generen cambios y oposiciones, y se acompañen de la diversa articulación de códigos de comunicación e interacción, será posible reconocer sus rasgos sociales y el carácter de los sujetos que intervienen en ello. (Ortiz, 2012, p. 19)

La disputa sobre el control de los códigos en los procesos comunicativos será un elemento clave que, según Castells (2002, p. 449), produce intercambios discursivos acuciantes en la transición y prolongación de las tensiones y trasvases entre medios analógicos y virtuales. Más allá de recordar que toda información es poder, la crítica a la informatización reconoce las disposiciones y articulaciones que propician interacciones entre sujetos y agenciamientos. La codificación binaria de los sistemas informáticos permite combinaciones infinitas, de tal manera que las disputas entre códigos abiertos y cerrados (originadas en la confrontación entre aquellos que apostaban por una apertura en

los procesos comunicativos entre máquinas y personas —como los que postularon un software libre y códigos abiertos, tipo Linux y los sistemas operativos Red Hat o Ubuntu—, y aquellos que, por otro lado, posicionaron hegemónicamente los sistemas informativos y las plataformas, como los Steven Jobs, los Bill Gates y sus herederos contemporáneos) han devenido en la consolidación de poderes económicos y tecnológicos comunicativos. Podemos constatar esto diariamente en las cotizaciones financieras de Nasdaq, que al mismo tiempo regulan toda una serie de comportamientos sociales en red. Los viejos gurús Xanadús,¹ en un tiempo que imaginó múltiples utopías, han producido en realidad un alud de distopías con el paso de las décadas.

Una de las hipótesis que se abordan en el presente texto es el hecho de que, ante las expectativas positivas sobre las redes como espacios potenciales para fortalecer lazos y vínculos a nivel social, el comportamiento y des-

1 El proyecto hipertextual Xanadú, forjado por Ted Nelson, pionero de las TIC, se propuso crear un documento original que incorporara todos los textos escritos en el mundo, basado en la idea de un sitio con memoria, poético y mágico, en el que “nada se pierde nunca” (v. gr., Wikipedia: <https://es.wikipedia.org/wiki/Xanad%C3%BA>).



envolvimiento de estas han sido inestables y claramente cargados de incertidumbres. Las posturas apologistas de las redes (desde las que enuncian sus bondades hasta los calificativos sobrepolitizados: "Benditas redes"), así como las posturas críticas, evidencian los procesos complejos de adaptación o aislamiento social que provocan, y ponen de relieve los dilemas actuales de estas como supuestos entornos comunicativos, vinculantes e identitarios. Las posturas apologistas apuntalan una visión romántica y utópica de las redes interactivas como espacios propicios para la comunicación y la democracia, mientras que las posturas críticas abrevan de la potencialidad de escenarios distópicos que impiden y desestabilizan procesos comunicativos, deliberativos y concurrentes. Ejemplos de esto los tenemos cada vez más presentes en las redes y los agenciamientos disruptivos que concurren en su entorno, o incluso en las codificaciones en su interior. No está de más mencionar que los espacios virtuales son espacios públicos con toda la complejidad que los constituye, tal como lo ha expuesto Ascher (2007).

En este punto nos planteamos preguntas relevantes para cuestionar el estado actual de los procesos comunicativos que se posicionaron en el espacio público durante

todo el siglo XX y que se prolongan de forma mucho más intensificada en el presente.

1. ¿Qué prácticas han dislocado las formas tradicionales de recepción e interacción comunicativa desde los entornos digitales?
2. ¿Cómo se reproducen y regeneran los mecanismos de individualización y socialización a través de las tecnologías informativas y comunicativas?
3. ¿Cómo se modifican, reconfiguran y desplazan los roles y las prácticas de los actores y agentes en los entornos interactivos?
4. ¿Qué efectos a nivel real y simbólico se producen en lo social, cultural y político con la intensificación de las comunicaciones en red?
5. ¿Qué procesos mentales y corporales se manifiestan en las comunicaciones virtuales, y cómo estas se trasladan y expresan en los entornos físicos y reales?
6. ¿Qué interrupciones, contradicciones y rupturas emergen en los entornos comunicativos en red como resultado de su expansión global, su imbricación con el espacio social y político y su multiplicación de agenciamientos y formas de articulación?



7. ¿En qué medida y bajo qué circunstancias el espacio público virtual se convierte en un lugar distópico y desintonizado?

Los dilemas que esto plantea no pretenden ser resueltos ni abordados desde respuestas definitivas, sino más bien expuestos, con el fin de problematizar criterios acerca de las discontinuidades y complejidades de fenómenos cambiantes y desafiantes, tomando en cuenta los múltiples aspectos que inciden en las mediaciones comunicativas contemporáneas. A continuación, proponemos una aproximación a estos dilemas.

2. Distancias y cercanías: ambigüedades comunicativas en la producción, distribución y consumo mediático

*Los canales están
desintonizados en la pantalla.*

W. Gibson, Neuromante

El espacio público o la res publica ('la cosa pública', según la idea romana de una sociedad de iguales) se contraponen a la res privada, en la que se distinguen los límites de lo que es público frente al terre-

no de la intimidad. De Kerckhove (1999) concibe, bajo esta dualidad en tensión, un aceleramiento o expansión de la esfera pública, con su consecuente reducción de la privada, un proceso iniciado, según el autor, con el advenimiento de la electricidad y el crecimiento inusitado de la prensa durante el siglo XIX. La expansión de los medios de transporte y comunicación (telégrafo, teléfono, radio, cine y televisión), así como su convergencia en los ordenadores, las redes y la comunicación móvil, multiplicó los canales comunicativos y, al mismo tiempo, apuntaló la "banalización" de la vida cotidiana.

Para De Kerckhove (1999), continuador de la tradición crítica de los medios iniciada por Marshall McLuhan (1996), la red internet se ajusta perfectamente a la idea de una "aldea global", en donde lo cercano (lo aldeano) y lo lejano (lo global) se unifican en un entorno de comunidades humanas, viviendo a velocidades diferentes y "lanzadas unas sobre otras". A principios de siglo, este sugerente autor se cuestionaba si dichas comunidades estaban preparadas para reconocerse y confrontarse unas con otras: ¿con qué protocolos, aprendizajes y comportamientos es posible encarar la diversidad global? Aun con una visión cuasiidílica o romántica en medio de la emergencia de las redes, el discípulo de McLuhan enunció una



“conciencia local” y una “conciencia global” como consecuencia de esos encuentros con la “otredad” (De Kerckhove, 1999, pp. 209-219).

Hoy día podríamos cuestionar las implicaciones del “ensanche” (Gibson, 2021) antes aludido, en el que el espacio público crece y el privado se constriñe. Este ensanchamiento implica también las expansiones de producción, distribución y consumo asociadas a los medios virtualizados, sobre todo si tomamos en cuenta que internet es una red privada que cuenta con una red física que conecta todos los puntos o nodos desde donde ofrece sus servicios para el flujo de datos, en permanente expansión. Podríamos también mencionar algunas “desintonías”, entendidas como desajustes, in conexiones o aporías, como parte del flujo global informativo. La novela *Neuromante*, de William Gibson, acuña el concepto de *desintonía*, refiriendo los devenires de un pirata informático que habita un futuro distópico en donde es castigado mediante un daño a su sistema nervioso, el cual le impide conectarse con la red global computacional. Bajo esta premisa, esta desconexión es explicada como una “desintonía”. Con su obra, Gibson anticipa los poderes del ciberespacio, las nuevas sustancias tóxicas y médicas y la inteligencia artificial, y retrata un entorno desgastado,

contaminado, presa de las disputas blandas y duras entre los poderes y tecnopoderes mundiales. Bajo esta red compleja de intromisión de las tecnologías en la vida humana, es fundamental reconocer una serie de escenarios “desintonizados” del ciberespacio:

- Los nodos regulan los accesos a la red según los depositarios de la gestión de cada fuente informativa. Por ejemplo, la plataforma Facebook no funciona de la misma manera en cada región ni en cada país: mientras en algunos países está completamente prohibida, en otros es navegable a partir de los accesos negociados con nodos, gestores o sucursales que gestionan la propia plataforma, funcionando prácticamente como franquicias que adquieren un gran poder local en las intercomunicaciones humanas.
- Las formas de consumo y producción de contenidos (sobre todo a través de las redes sociales) se diferencian según los rasgos culturales e idiosincráticos de cada región. ¿Qué países consumen (visionan o escuchan) más de lo que producen (lo que comentan y distribuyen)? ¿Cuáles son las razones desiguales de unos y otros comportamientos? ¿Cómo se involucran nue-



vos actores y agentes en la producción y distribución de contenidos? ¿Dónde se gestan y agencian las formas de dominio informativo a nivel local y regional, tanto desde el ámbito público y gubernamental como desde el privado?

- Los accesos a los contenidos en tiempo real o diferido determinan el grado de involucramiento y participación interactiva. Ciertas plataformas privilegian los contactos en tiempo real (como X —antes Twitter— o Tik-Tok) mientras otras privilegian los contenidos en tiempos más extensos, asociados a discursividades más desagregadas y elaboradas, ya sea mediante contenidos visuales y/o textuales que circulan en redes como Facebook o WhatsApp.

Hay que decir que las teorías de la comunicación transitron rápidamente de la linealidad emisor-mensaje-receptor hacia la integración de otros elementos clave: los contextos, canales y códigos que, más allá de su origen formalista-funcionalista fundamentado por Jakobson (1974), incorporan una multiplicidad de componentes y procesos asociados a estos y a las propias relaciones entre los elementos. La codificación, como rasgo de estructuración que crea y recrea todo lenguaje, medio o gé-

nero, actúa como un potenciador clave. Recordemos que Castells (2003) menciona al respecto que el control de los códigos en las redes determina sus formas de poder.

Asimismo, el aporte de Jakobson sobre el marco referencial o contextual del proceso comunicativo permite establecer tensiones entre la interioridad —estructural y semiótica— y la exterioridad —pragmática y hermenéutica— del mensaje. El “ensanchamiento” (Gibson, 2021) del espacio público, así fuera interpretado metafóricamente, esquemática y/o estructuralmente, explicita una teoría que ofrece pautas para complejizar el fenómeno de mediación del espacio (tal como lo concibe Habermas (1987) con su teoría del espacio público mediatizado). ¿Qué significa esta mediación en tanto el propio Habermas reconoce que a la época “angélica” de lo público, como mediación entre el Estado y la sociedad civil, le sigue una época “diabólica”, que es la del poder omnipresente de la publicidad? La tensión público-publicidad marcará las pautas comunicacionales entre el siglo XIX y XX, y provocará un dilema que persiste: la manipulación y el control informativo como reglas no escritas del devenir mediático.

¿Cómo se manifiestan estas teorías en la virtualidad? Por un lado, reconocemos la brecha digital que distribuye y discrimina los accesos,



extendiéndose hacia comunidades urbanas conectadas o semiconectadas, sobre todo entre las clases media y alta, así como en grupos etarios que se incorporan intensamente a las redes, conformando y delimitando sus prácticas y valoraciones en torno a la circulación informativa. Las comunidades conectadas (“comunidades de interés” para Castells, 2002) experimentan una forma de participación individual y colectiva que genera un consumo intensivo, así como expresividades que comentan, opinan, replican. En el espacio virtual, las opiniones se interconectan, se entrecruzan, se confunden. Su multiplicación y heterogeneidad adereza todas las posibilidades interactivas, dando lugar a inclusiones y disrupciones imaginables e inimaginables, generadas a partir de los accesos y usos. En la medida en que el mundo virtual se superpone con el mundo real, cuando se proyecta imaginariamente mediante opiniones o posicionamientos en el espacio físico y social, se contrastan las dimensiones materiales e inmateriales, matizando y proyectando la experiencia.

En este sentido, los trasvases entre lo real y lo virtual se vuelven claves, pues mientras más intercambios ocurren, más interacciones simbólicas se producen y distribuyen. Desde el punto de vista comunicativo, la posibilidad interactiva dimensiona en sí misma los niveles

de respuesta y acción colectiva producidos por el flujo informativo. Recordemos como ejemplo lo que ocurrió con la Primavera Árabe, a principios del siglo XXI, en la que sectores sociales conectados en red y motivados por demandas democratizadoras y civiles provocaron convulsiones y rebeliones políticas con efectos políticos locales y regionales, con cambios políticos a nivel cultural, religioso y civil. Lo material y lo simbólico se interrelacionan en escenarios híbridos de este tipo, que producen zonas críticas en donde lo real actúa como apariencia y lo virtual como hiperrealidad, chocando y provocando convulsiones.

La potencialidad conectiva e intensiva de estos eventos ha puesto en evidencia la importancia social y política de las redes sociales e informáticas. Tendríamos que preguntarnos hasta dónde la red privada internet, dominada financieramente por los oligopolios estadounidenses (Google, Amazon, Meta-Facebook, Apple y Microsoft: los cinco grandes conglomerados tecnológicos, conocidos como GAFAM), gestiona y controla la multiplicidad de conflictos y procesos “tecnoculturales” actuales. El hecho es que los suburbios de estas plataformas dominantes, ya sean también las plataformas homólogas de Facebook en Oriente, como WeChat o Douyin, o las subsidiarias de Facebook, X



o TikTok en las regiones occidentales conectables, como ocurre en Norteamérica, Latinoamérica y sus periferias, conforman todas ellas un espacio virtual de distribución de la información como ganancia y, a la vez, como poder, en el que se gestionan y disputan coincidencias (comunicativas) y divergencias (desintonizadas). El escenario “tecnocultural” actual se manifiesta entonces como un espacio público intensivo y potencial, ligado a una lógica de acumulación (capitalista, dominante, expansiva), que contiene valores clave, en el que pueden medirse las ganancias y los efectos producidos por los aludidos megaconglomerados virtuales. ¿Cómo hacerlo desde el reconocimiento de los diversos nodos, agentes y sujetos que lo propician? ¿En dónde intervienen los Estados, las corporaciones, los poderes fácticos para que se reproduzcan o se transformen las formas, modelos o procesos de producción y reproducción del espacio público virtual?

A nivel global y también local, por ejemplo, no hay procesos de disputa popular, política o electoral que no atraviesen o susciten concurrencias y oposiciones virtuales, creadoras y disruptoras del espacio público virtual. En las redes, las concurrencias ocurren bajo herramientas básicas de conexión y relación, mediante adscripciones y valoraciones muy diversificadas en

términos lógicos, icónicos e interactivos. Los códigos en red, por su manera de expresarse, por los efectos intra y extralingüísticos que los producen, por sus motivaciones reales y simbólicas, son un ejemplo de disposición (Heidegger, 1958) tecnocultural (McLuhan, 1996) que ha adquirido una posición sumamente relevante, dada su capacidad para condensar y propiciar procesos comunicativos. El dilema que aquí se presenta es también la forma como estos arreglos hacen interactuar procesos y discursos técnico-programáticos, como procesos y discursos estéticos y políticos fuertemente imbricados.

Las redes sociales e interactivas apuntan en este sentido hacia una biopolítica *foucaultiana*, a través de imaginarios y depósitos de poder, expansivos y explosivos, sin límites claros ni horizontes definidos. Pensemos tan solo en cómo los “suburbios del lenguaje” que circulan en red, como el mundo significativo y proliferante de los emojis, se entrelazan con sentencias y opiniones que apuntan hacia núcleos performativos de lo cultural. La integración intertextual que ocurre en los nuevos medios y transmedios implica nuevas articulaciones y relaciones entre sucesos y estados de ánimo. Es el choque de múltiples lenguajes que producen un estado diferente, coincidente o refractario en intenciones e interacciones.



En la medida en que cierto poder informático se posiciona en el espacio comunicativo, auspiciado por el poder estatal o por otro agente económico, local o global, se propicia la instauración de dominios y hegemonías comunicativas. Algunas se extienden a lo largo de lustros o decenios; otras perduran y se recomponen más o menos en el tiempo, y la mayoría reacciona a las políticas que cada Estado determina. Podemos mencionar, por ejemplo, algunas recurrencias mediáticas asociadas al poder en México: el chayote y el embute, la corrupción y la mentira informativas, la subordinación y humillación ante los gobiernos, la amenaza e imposición de sanciones económicas, ideológicas o morales. Los espacios públicos y privados, en este sentido, se ven forzados a interceder en estos procesos, procurando sus acciones y delimitando planes y estrategias.

A finales del gobierno de Enrique Peña Nieto, los llamados bots que se forjaron a lo largo de su sexenio ocuparon un lugar preponderante en las discursividades que circulan en red. La herencia lamentable de dicho agenciamiento desde el poder se ha extendido a lo largo de los dos sexenios siguientes, no solo a nivel de su expansión geométrica a través de miles de personas contratadas, cuentas y perfiles gestados para desarrollar

esta actividad, sino que se ha intensificado a través de respuestas y acciones ante cualquier posicionamiento público, sobre todo si proviene de los propios periodistas y los medios de comunicación. Comprender los niveles de polarización social y política apuntalados en las redes requiere reconocer al mismo tiempo las tensiones y confrontaciones entre los enclaves mediáticos tradicionales, la mayoría de ellos auspiciados por los poderes “fácticos” de ayer y hoy (Televisa, TV Azteca), así como sus relaciones con el control estatal de los medios (RTC —hoy SPR—). El trabajo periodístico en las redes convive hoy con una serie de agentes que participan de la circulación informativa y que compiten en la producción de contenidos. ¿Cómo se han desarrollado estos agentes? ¿Cuáles son sus estrategias mediáticas y expansivas? ¿Qué discursividades agencian y qué propósitos manifiestos revelan? ¿Cómo nombrar a los medios tradicionalmente independientes, hoy claramente oficialistas —como *La Jornada*—, o cómo referirse a medios o periodistas antes oficialistas que hoy constituyen una voz crítica frente al poder hegemónico y que están siendo atacados por este?

Los nuevos géneros discursivos en red iniciaron una explosión creativa expresada en los ya establecidos *posteos*, *reels*, estados, historias,



entre otros. Cada una de estas modalidades aborda una manera y una codificación propias, siempre diferentes y, a la vez, reiterativas. La comunicación se ha “instantaneizado” y se ha compactado en su duración e intensidad. Los contenidos audiovisuales en movimiento conviven con una retórica informática e interactiva heterogéneamente desplegada, en la que participan navegantes y comentaristas públicos, así como nodos gestores o productores de contenidos por pago, incluidos otros agentes disruptivos, desde los bots y trolls (incluidas sus llamadas *granjas*) hasta los patrocinadores o simplemente seguidores del *fandom*.

La interacción a nivel global ha dado lugar a un flujo sistematizado y controlado de los tiempos y los espacios públicos virtuales, que, a fin de cuentas, son espacios sociales y culturales. La inversión cada vez mayor de capitales privados y públicos en los medios en red ha inaugurado una nueva época en la disputa y en las tendencias dominantes y disruptivas en los espacios comunicativos, desde varios frentes y flujos. Si nos referimos a los Estados nacionales, la posición de cada gobierno en torno al control o regulación de estos medios resulta sumamente relevante. Por eso es importante seguir entendiendo la información como poder y, por tanto, como “programa” que requiere estructura,

codificación y producción, sobre todo instalado desde lo local para proyectarse globalmente.

El panorama mediático digital y en red enfrenta constantemente cambios y actualizaciones, desplegados en forma desigual en cada territorio. Las distancias pueden ser entendidas como aquellos lugares y procesos en donde se entrecruzan lenguajes y medios, y donde los poderes tecnológicos y económicos se confrontan, creando sus propios valores. Las condiciones de producción mediática están constituidas por reglas desplegadas en nuestro país desde hace décadas, enfocadas en canalizar y capitalizar las potencialidades productivas del medio, aun cuando las regulaciones mediáticas digitales no han iniciado el establecimiento de criterios y formas de control. En México la historia de la conformación de los medios ya ha sido estudiada por especialistas como Fernández Christlieb, aunque ello no es motivo de este texto, pero revela el papel histórico y clave de la disputa entre la prensa oficial y la prensa independiente. Por décadas, este ha sido el escenario que ha posibilitado un terreno para hacer y ejercer la prensa, libre y democráticamente hablando. En este contexto, en un entorno de disputas y códigos diferenciados de comunicación, el papel cada vez



más relevante de la intervención del Estado en el espacio público y periodístico ha crecido geométricamente en las redes sociales, con sus réplicas, grupos de interés u otras herramientas interactivas.

Byung-Chul Han actualiza este proceso nombrando la hiperculturalidad como aquellos:

lugares [que] se acercan, y la desespacialización crea cercanía. Las expresiones culturales son extraídas de sus lugares correspondientes, de sus contextos históricos y rituales, y yuxtapuestas unas con otras (Han, 2019, p. 55).

Lo hipercultural sería ese acercamiento “espacial y humano” con el otro. En este sentido, el tránsito por las diversas etapas del mundo digital y virtualizado ha producido sus propias miradas: lo hiperreal, lo hipertextual, lo hiperactivo. La neutralización del pasado y la mezcla de estilos son condiciones igualmente de una virtualidad contemporánea (procedente de los entornos posmodernos de fines del siglo XX), añadida a los poderes que se instalan en cada medio y en la red en general, a través de grandes inversiones y posicionamientos hipermediales. ¿Qué dilemas crea esta hipercultura?

Los procesos tecnológicos y codificados, los recursos para empen-

derlos, los canales adecuados y demás discursividades, además de sus efectos en los usuarios de las redes y plataformas, conforman un entorno posible y responsivo ante las condiciones creadas por los agentes que intervienen desde los grandes o medianos corporativos hasta los poderes económicos locales o sectoriales y los concurrentes distribuidos en el espacio público virtual.

La distancia, en ese sentido, apunta también a cierta distopía, en la medida que el espacio diverso y diferenciado se convierte en espacio controlado o monopolizado. Todo entorno virtualizado contiene sus propias “intensidades”: en las concurrencias, en las adscripciones, en las afinidades, en los gustos, en los efectos de los gestos e iconos. Todo un mundo propio encabezado por códigos visuales e interactivos sintetizados y sofisticados. El objetivo es conectar, *multiplicar* y *distribuir*, y los agentes preparados para desarrollar esta actividad tienden a crecer en aquellos entornos que lo permiten.

¿Qué tipo de códigos está predominando? ¿Cómo se estructuran estos espacios y cómo se confrontan entre sí? ¿Hacia dónde se dirigen? ¿Qué sería o cómo se manifiesta su contraparte, es decir, las aproximaciones y acercamientos significativos a estos entornos?



3. Incomunicación, riesgo y conflicto: el sabor agri dulce de una política estética del “diálogo” como desencuentro

*Ha pasado un ángel, un artista
para negocios turbios.*

W. Gibson, Neuromante

Sobre la “intensividad” en la experiencia en las redes, podemos referir la lectura de Manuel DeLanda respecto al término desarrollado por Deleuze. DeLanda refiere la intensividad como diferencia, como un proceso de diferenciación que produce transformaciones en las entidades: rupturas simétricas, invariancias, cambios de estado, bifurcaciones y otras transformaciones que las teorías termodinámicas y de la complejidad adoptaron y que pusieron al día un escenario de multiplicidad que puede devenir en un orden de rupturas continuas (DeLanda, citado en Ortiz, 2012, p. 63). Lo intensivo se proyecta en red como una configuración codificada y rizomática que reproduce formas serializadas y multiplicadas, así como discursividades que se reproducen y prosperan según las condiciones que las posibilitan. El concepto de intensividad tiene que ver con el despliegue de una fuerza o una

energía que se potencia como magnitud. En Deleuze (1985), la intensividad pasa del carácter físico y material a una dimensión cualitativa, adquiriendo ahí su valor fundamental. Lo intensivo se vive “internamente” como traspaso a esas cualidades y magnitudes que nacen del mundo sensorial y adoptan ciertas prácticas, formas vivenciales y experiencias en red, que se multiplican mediante recurrencias y repeticiones. La intensificación o intensividad, como contraparte de la extensión o extensificación, que es espacial y medible, es una magnitud física que se trasmuta en una magnitud simbólica, virtualizada y organizada en un sistema coherente, que se vive temporalmente, antes que espacialmente.

Los medios y tecnologías comunicativas han aprendido de su papel y carácter como poder y como industria, tanto en el espacio como en el tiempo. Hoy ya todos los gobiernos los utilizan para “mediatizar” el entorno público y ocupar un lugar determinante y así obtener un rédito social y político, así como un espacio y un tiempo de producción y reproducción cultural. Como magnitud, la intensificación de la experiencia interactiva supone una inversión, un capital que soporte los alcances estimados y posibles. Mientras más dinero invierten los gobiernos en tecnologías comunicativas, más influencia y duración



política obtienen. El ejemplo de los influencers y los bots es ilustrativo en el poder mediático actual. Se trata de agenciamientos individuales y colectivos que irrumpen en el espacio público comunicativo, así como de programaciones estructuradas y maquínicas (*la máquina deseante* de Deleuze, 1985) que realizan en forma automatizada tareas orgánicas repetitivas y replicantes, con base en una serie de instrucciones que operan a favor de algún posicionamiento, cuya extensividad (mediante réplicas) provoca uniformidades y hegemonías en la opinión pública. Nada más parecido en términos políticos a la manipulación mediática emprendida en el siglo pasado por los agentes monopólicos y corporativos privados o estatales de la comunicación, que ahora son sustituidos por agentes en red (personificaciones, granjas de bots y demás negocios y automatizaciones informáticas) y que actúan como códigos y programas preponderantes. No cabe duda de que en México estos agenciamientos se encuentran en una fase de crecimiento, alentados por el proyecto hegemónico de las clases políticas en el poder, sobre todo en la medida que estas ocupan, acumulan y centralizan espacios políticos.

La conexión entre política y medios de comunicación (una simbiosis acuñada desde el siglo XIX) es cada vez más relevante. Si las disputas

electorales a nivel local y global tienen cada vez más importancia, es porque las formas y estrategias comunicativas, con cada vez mayor sofisticación y agregación de recursos cognitivos y enunciativos, distribuyen y dosifican mensajes articulados y replicados. En el contexto de las democracias de fin de siglo, basadas en la opinión y la construcción de la percepción y la subsecuente opinión pública, uno de los objetivos fundamentales para reflexionar sobre la política de las redes es el crecimiento de las tendencias hacia la polarización y la tensión social como mecanismos del posicionamiento individual y colectivo. Si existe un entorno con comportamiento rizomático, multiplicado, heterogéneo, desterritorializado y, a la vez, reterritorializante, expuesto a fugas pero controlado mediante centralizaciones, expuesto al poder y a la vez generador de nuevos poderes, ese territorio es el de las redes sociales e interactivas, hoy fundamentales como correas de transmisión y como dispositivos políticos que son a la vez estéticos.

Si hace dos décadas el propósito y la hipótesis de la comunicación en red se basaban en crear formas de resarcir los déficits comunicativos, dados por las restricciones de acceso y oportunidad de diálogo y discernimiento sobre el espacio de la política, en donde la ciudadanía



se posicionó como un agente clave, actualmente ese déficit resulta ser un *superávit*. Mientras menos circule una información consistente, palpable y contundente de los acontecimientos, mostrando y remostrando una serie de hechos y su complejidad como una patente concisa y reducida de la “realidad”, resulta más provechoso como determinante de sus condiciones de reproducción. Por ello se habla de desinformación y de posverdad como hechos comunicativos o discursivos del tiempo público actual.

De eso tratan los bots, cuyo papel fundamental es orientar la opinión hacia determinados postulados, contruidos retóricamente con una estrategia apropiada, mediante un choque discursivo y argumental construido como un falso argumento, como una “posverdad” que se sobrepone a los hechos y a los acontecimientos. Este mecanismo se basa, en buena medida, en la manera clásica del “entimema” aristotélico, es decir, mediante una retórica que excluye alguno de los términos argumentales para convencer en forma muy sintética al oyente. Los tiempos y los ajustes acelerados de la comunicación en las redes propician estos fenómenos y, seguramente, propiciarán nuevos fenómenos para convertirse en modas, posicionarse y luego describir una realidad alterna que se enuncia como verdad única.

Las sociedades endogámicas griegas, conformadas muchas de ellas a través del modelo de la polis y el ágora como lugares para discernir y decidir sobre los asuntos públicos, pusieron en la palestra el problema de lo verdadero y lo justo, así como el de lo verosímil y engañoso en el discurso. Heredamos esto no como materia filosófica, sino como algo histórico, social y cultural, incluso como un efecto colonial y despótico, pero al final intrínseco a la acción humana, incluidos por supuesto los actos de la política o la comunicación, que, al expresarse en los *media*, son más reveladores de su gran potencial.

El entorno de las redes es propicio para este despliegue. Lo verosímil se multiplica: los reflejos y espejos (“soy yo o soy un programa”), los parecidos y apariencias (“me muestro como no soy para que me veas como otro”), las reproducciones y resignificaciones (“soy uno y otros a la vez sin ser nadie”) ocupan el entorno virtual y virtualizado, es decir, en el lugar y con los procesos culturales y sociales que produce (Lévy, 1999), buscando ocupar o, en su caso, hegemonizar el despliegue codificado. En las comunidades virtuales, dice Castells, no soy yo sino mi imagen la que se proyecta, lo cual nos inserta en el dilema profundo de una red de proyecciones: la *imagen proyectada* se revela de manera más clara que la



imagen propia y real (Ortiz, 2012, p. 167). Para el sujeto individual, esto puede provocar conflictos de identidad o de otro tipo; para el sujeto político, esta red identitaria y desidentitaria produce áreas de oportunidad, encarnadas en el anonimato y los “agenciamientos de enunciación” que pueden proyectarse cual si fueran hologramas o juegos de máscaras.

Parece interesante comprender que, entre lo individual y lo colectivo, existen mecanismos que se articulan en las redes sociodigitales y que dislocan la idea de “transparencia” comunicativa enunciada por algunos teóricos del medio, como De Kerckhove, cuyo entusiasmo ante los nuevos escenarios “macluhanianos” lo orientó a sobrevalorar positivamente los rasgos tecnológicos emergentes. Al paso de los años, se ha develado en buena medida que ese “tiempo real” (pretendidamente transparente) se encuentra y se despliega mediado por agentes específicos, que no son transparentes en sus intenciones y procesos, y que se montan en medio de una red “abierta” como las redes sociales. Habrá que insistir en que estas redes, llamadas insistentemente “sociodigitales”, son en realidad redes privadas que enmascaran los ámbitos colectivizados visibles, tras los cuales persisten ámbitos privados y mercantiles en los que se paga por ocupar lugares,

pronunciar y multiplicar mensajes, generar informatizaciones (como el uso de algoritmos para producir contenidos textuales en los chats) o replicar estados y enunciaciones.

El propio De Kerckhove (1999) advierte estos riesgos. Reconoce las colonizaciones, los excesos y las indiferencias, y habla incluso de un “aturdimiento” cultural. Podríamos preguntarnos cómo el distanciamiento virtual —no presencial, asincrónico— que se vivió claramente antes, durante y después de la virtualización, así como después de la pandemia, ha producido ciertas respuestas o reacciones relevantes y llenas de dilemas. Ciertas temporalidades, emplazamientos y niveles de involucramiento dan lugar a formas extensivas e intensivas de participación en red. La polarización, antes llamada disputa entre izquierda y derecha o entre sociedad civil y pueblo, ha conformado actualmente un campo de batalla sui géneris.

Las teorías comunicativas nacieron con la conformación de los partidos políticos en el contexto de las revoluciones políticas europeas. De ahí emanaron las prácticas y las formas de poder político-ideológicas de los siglos XIX y XX, desde las formaciones liberales, anarquistas o comunistas, pasando por la debacle fascista (hoy reconfigurada) y los arreglos socialdemócratas. To-



das estas ideologías se han proyectado, directa o indirectamente, en el presente virtualizado, no bajo las reglas de un debate —ilusorio— y democrático, sino incorporado a un contexto intensificado tecnológica, ideológica y mercantilmente. Tenía razón Barthes (1999) en su ensayo “El mito hoy”, en el que refiere que los sistemas de signos han operado en todo rincón, incluido el lugar punzante de las imágenes como creadoras y depositarias de mitos y normalizaciones y, por lo tanto, de usos y comportamientos remiti-ficados y propensos a ser discernidos en su impostura ideológica.

Por eso se sugiere aquí que detrás del espacio comunicativo hay un espacio simbólico y político evidente. La red privada *offline* controla y define los códigos detrás de la red comunicativa *online*. Esto quiere decir que el poder puede definirse desde fuera de la red y proyectarse hacia dentro, o viceversa. El mejor postor paga, por sus inclusiones, intervenciones y aportaciones al ciclo productivo y reproductivo de la red. Frente a la red *online*, la red *offline* establece sus disposiciones. La red conectada y desconectada nos habla de distintas velocidades e intensidades, que son también nuevos repartos y distribuciones. Todos estos despliegues son paradigmas y sintagmas de una estética actual, crítica y conflictiva (expresada en cada modalidad) y encau-

zada en lo comunicativo o incomunicativo del proceso, así como en sus dilemas culturales identitarios.

¿Qué lugar queda en este espacio para la comunicación, la deliberación y el intercambio de ideas entre los múltiples agentes interactuantes? ¿Cuáles son las posibilidades comunicativas e interactivas bajo los parámetros establecidos y dominantes en cada red social? ¿Cómo nombrar estas redes desde sus dimensiones de control, privatización y mercantilización? ¿Es posible recurrir a la idea del control de los códigos como espacios de disputa programática y política? ¿Estos flujos y controles locales y regionales en cada red constituyen espacios de contrapeso o de integración a las formas y discursos dominantes a nivel global?

Además de ser redes sociodigitales, reafirmamos aquí su carácter como redes de acciones y valores en el ámbito de los capitales financieros y virtuales, hoy ubicados en el capital tecnológico del índice Nasdaq, con sus gigantes Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft. Las redes sociodigitales, ante todo privadas, utilizan la concurrencia de miles de millones de personas para favorecer su negocio a cambio de plataformas que les son útiles, pero de las que desconocemos del todo sus alcances, trasfondo e intereses. El mito y la impostura de estas redes son



una supuesta neutralidad como *plataformas*; sin embargo, su inocencia se desdibuja paulatinamente ante la mirada consciente o inconsciente de los usuarios, quienes observan comportamientos recurrentes de agentes que se desenvuelven con propósitos opacos, tendenciosos o incluso violentos. La creación de granjas de bots es ya un fenómeno muy avanzado, que implica mucho despliegue de recursos económicos y humanos, permitido por las redes porque les genera mayores índices de actividad, concurrencia y proyección. La pregunta obvia es quién o quiénes recurren a estas prácticas: ¿Quiénes cuentan con los recursos e infraestructura para operar estos agentes que simulan cuentas para posicionar sus mensajes? ¿Cómo interactúan entre sí para favorecer determinados posicionamientos y encuadres discursivos? ¿Qué papel juegan los opacos capitales públicos y privados en este fenómeno creciente? ¿Cómo perfilan estas prácticas los tipos de procesamiento de la información, las respuestas y procesos que detonan, y el modo de deliberación pública que fomentan?

El valor de estos fenómenos mediáticos se ha exacerbado en las virtualidades y en las propias casas de bolsa, como el índice Nasdaq. Y aunque hoy se han convulsionado ante la bola de nieve trumpista, reacomodándose en sus ámbitos de acción a nivel local y global, la

proliferación de otras prácticas paralelas, como la de los *influencers* o la de las *fake news*, conforma un escenario propicio para su expansión. Como negocio, en este sentido, las redes resultan un éxito innegable, ante lo cual es clave reflexionar sobre el carácter que han ido adoptando, que paralelamente al “valor de cambio” del negocio tecnocomunicativo se insertan en un valor simbólico, situándonos en un tipo de comunicaciones paradójicas y contradictorias que se están posicionando local y globalmente.

Las hipótesis que emanan de este escenario convulso pueden ser consideradas prácticamente imprevisibles. Sin embargo, recurren al reconocimiento de formas y estructuras jerárquicas que desarrollan procesos desbordados (Sánchez, 2015), politizados (Trejo, 2015), o ambiguos (Winocur, 2015). Han reafirmado cómo vivimos en un mundo de ordenadores que ha generado un escenario hipercultural, entendido no como parte de una teoría de la cultura, sino como un exceso, es decir, como una desnaturalización y “desfactifización” de los entornos biológicos y terrenales (2018, pp. 19-23). Exacerbaciones, excesos, hiperrealidades, sobrescrituras y sobrepolitizaciones concurren en este sentido como interpretaciones de una convulsión en donde el medio implosiona para reformularse rápidamente.



A estos desbordamientos habrá que añadir algo que ya formaba parte de los medios de comunicación tradicionales y que hoy se expresa más fehacientemente: la banalización de los hechos, de las relaciones, de la vida cotidiana. Resulta clave preguntarse si la insuficiencia informativa (paradójicamente en medio de un exceso de producción de mensajes) como práctica recurrente para juzgar, basada en un déficit en la comparación de las versiones que circulan sobre los hechos (la primera versión recibida basta para sentirse informado), provoca una consecuente carencia de criterios, matices y demás complejidades necesarias para comprender su despliegue y su sentido. Esta hipótesis sostendría la idea de un proceso paulatino de incomunicación o desintonía, que tendría sus bases en las siguientes condiciones:

- Los entornos digitales y reales se encuentran políticamente polarizados, lo cual desmotiva una participación basada en el debate, la deliberación, la confrontación de visiones y la posibilidad de ejercerlas en un entorno propicio para que se manifiesten en forma libre y plural.
- La posibilidad de coincidir y acordar visiones sobre los acontecimientos se encuentra limitada en la medida en que las

interacciones se manifiestan en una modalidad individualizada y, a la vez, anónima y depersonalizada, ceñida a una apropiación agenciada de los mensajes, así como a una resistencia frente a los riesgos que representa enunciar posturas ante la elocución de fórmulas y mensajes que cierran y “clausuran” el orden discursivo. Los mensajes que circulan mayoritariamente enuncian afirmaciones definitivas y contundentes, cerradas y autorreferenciales.

- La intensificación de las interacciones provoca una exacerbación de la opinión de los concurrentes, así como una escasa o nula tolerancia a los matices, los cuestionamientos a las formas de interactuar, las preguntas y dudas, los dilemas o las autocríticas. De nuevo, es más importante la “imagen que proyecto” que lo que realmente soy y pienso, tal como refirió Castells (2003).
- Las conversaciones, como había dicho Manuel DeLanda en su sugestiva teoría de lo social (2006), ponen por encima el prestigio de los enunciantes antes que el interés por compartir un espacio común, colocando en el centro el yo y desplazando a un lugar secundario la colectividad o la posibilidad



de los acuerdos y consensos que las teorías de la comunicación habían enunciado a finales del siglo pasado con las teorías de Habermas (1987), justo antes de la emergencia de los entornos en red.

El principio del no diálogo en que se fundamentan estas condiciones de interacción predominantes en las redes sociales tiene su origen en una idea antidemocrática y oligárquica, en el sentido de imponer una visión única, monolítica, unilateral y, en su caso, demagógica a través del intensificado “estás conmigo o contra mí”. La incomunicación es, en este sentido, una desintonía, un desajuste entre el canal emisor y el agente receptor, basado en la falta de interactividad comunicativa y el despliegue o desborde de acciones e interacciones confrontativas y simbólicamente violentas, las cuales estarían degradando de esta manera la ciudadanía, la cultura política, la participación social, así como el mito mismo construido en torno a la democracia representativa. Sin embargo, los medios son consustanciales a los sistemas políticos y económicos; su papel es clave en la conformación del espacio público y, por lo tanto, su inmersión en el espacio público virtual ha sido justamente a través de su impacto y proyección como redes sociales, que es donde se confrontan las diversas dimensiones factuales de dicho espacio.

Lejos de actuar como mediadoras, las tecnologías preservan en la actualidad rasgos que fortalecen su lado oscuro y degradante en la interacción y la comunicación humanas. Las tesis de Heidegger (1956) sobre la técnica, cuando refieren el posicionamiento y dominio de ciertas “disposiciones” que hegemonizan el espacio de producción, develamiento y disposición de las creaciones humanas, ponen al día estos dominios y colonizaciones, sus alineamientos, sus complejidades. Es importante ubicar también las redes dentro del ámbito de las tecnoculturas, es decir, en la forma en que las tecnologías se configuran como un proceso cultural, político y socioeconómico, lo cual las hace dinámicas, las transforma y reconduce.

El potencial cultural de las tecnologías y los medios, así como su tendencia actual a imponer esta faceta inocua y salvaje, forman parte de una dimensión intensificada de la política que es consustancial a su acumulación de poder. El rápido y consistente desarrollo de las redes sociales o sociodigitales refiere un enorme potencial económico y financiero, que ahora identificamos claramente ubicado en el ámbito de los conglomerados tecnológicos estadounidenses, pero de los que desconocemos realmente sus conexiones e imbricaciones globales, por ejemplo, con China y las de-



más órbitas multipolares y geopolíticas. Se trata de otra dimensión clave, determinante en el futuro de las inversiones del propio sector digital en red.

En medio de este potencial, hay que reiterar que el conflicto juega un papel fundamental, real y simbólicamente hablando. A partir de hechos o acontecimientos conflictivos, las redes son ocupadas por ideas, voces, mensajes, masajes (McLuhan 1996). Según la Escuela Antropológica de Manchester, hay un valor recompositivo y creativo del conflicto. Es decir, este contiene un potencial transformador y regulador de los mecanismos de poder. “Un vudú eléctrico: sueños con sudor rancio...”, relata distópicamente Gibson (2021) como escenario “contracultural” originario en donde los dispositivos electrónicos y las tecnologías ocupan el espacio humano. El conflicto es, en este sentido, un motor que despliega energías que pueden ser extendidas y estiradas como una liga que, sin llegar a romperse, tensa las perspectivas y las acciones virtuales o reales asociadas.

El espacio de los flujos en las redes (dice Castells, 2002) implica una organización de las élites al mismo tiempo que una desorganización de las masas; ahí el conflicto permite que se reproduzca este modelo, reciclando mecanismos que

lo extienden en el tiempo y lo convierten en la base de las disputas en su modalidad de polarización política. Esto significa que, desde el poder, se propician las conflictividades por lo redituables que resultan, independientemente de otros efectos que pudieran desatar en su vinculación con el espacio real. Mientras tanto, en el espacio público virtual se manifiestan y posicionan tendencias similares, poniendo al día el potencial que, como redes, las hace fluidas, múltiples, líquidas o liminales.

Conclusiones

Podemos reconocer un escenario de virtualidad en red convulso, contradictorio y complejo, cuyos efectos en la socialidad virtual y real no pueden dejar de reconocerse. El devenir de las redes sociales y sus mutaciones que implican adaptarse a los sujetos y agentes que interactúan las han llevado hacia lugares imprevistos. Uno de estos escenarios es la réplica y proliferación de actitudes polarizantes, denostativas y agresivas, que finalmente redundan en un déficit comunicativo en su entorno cotidiano, que aquí hemos reconocido como una desintonización.

Muchos son los factores que propician estos fenómenos, pero uno



fundamental es su funcionamiento como negocio rentable, en donde puede reconocerse que las redes sociales digitales, a nivel global, impactan cada vez más en las disputas sociales, culturales y políticas. El papel que juegan en estos escenarios los gobiernos y los poderes fácticos se ha vuelto clave, pues es ahí donde se reproducen los agentes robotizados, de los cuales no se habla como un ejemplo claro de inteligencia artificial (IA) altamente negativa, intrusiva y en pleno auge. No es de extrañar que China ya cuente con su propia IA avanzada, que a su vez ha tenido como respuesta por parte de Estados Unidos la relocalización de la producción de los chips de Nvidia, encargados del desarrollo del núcleo central de las llamadas inteligencias artificiales.

Estamos, en este sentido, ante una escalada de las disputas por el espacio virtual, que, lejos de aislar a las naciones y regiones, provocará nuevos reacomodos que se proponen perpetuar la acumulación de capital en el ámbito de las telecomunicaciones digitales. Las modalidades y las calidades de la comunicación se seguirán multiplicando y convulsionando, dejando en un plano diluido aquellas teorías que concebían positivamente un espacio público informado y basado en la deliberación, el intercambio de ideas y el subsecuente fortaleci-

miento de los procesos democráticos u horizontales en la conformación de lo social. Por el contrario, las tendencias actuales en las redes y en la política nacional e internacional apuntan hacia una dislocación de los modelos democráticos y, por tanto, al apuntalamiento de la colonización de la política por las élites emergentes, acompañada por el relanzamiento de los populismos (de izquierda y derecha), así como por agentes radicalizados cuya opacidad deja entre paréntesis el escenario futuro inmediato.

Se señalaron aquí algunas ideas clave: el control y dominio de los códigos comunicativos; la inversión de capitales (públicos y privados), tanto en el desarrollo del medio como en la distribución informativa mediatizada; la banalización y degradación de los intercambios comunicativos a través de las conversaciones o chats; la individualización y su correlativo anonimato como rasgos preponderantes de la participación en las redes sociodigitales; el desdibujamiento del consenso y el acuerdo, así como de aquella imagen original de circulación de ida y vuelta, interactiva, multidimensional, en la comunicación virtual. En su centro y en sus márgenes, como predijo Gibson (2021) en los ochenta, dichos entornos se manifiestan turbios y rancios.

Referencias

- ASCHER, F. (2007). *Los nuevos principios del urbanismo*. Madrid: Alianza.
- BADIOU, A. (2014). *El cine como acontecimiento*. México: Universidad Iberoamericana.
- BARTHES, R. (1999). *Mitologías*. México: Siglo XXI.
- CASTELLS, M. (2002). *La era de la información: economía, sociedad y cultura* (Vol. I: La sociedad red). México: Siglo XXI.
- _____. (2003). *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*. Barcelona: Random House Mondadori.
- DE KERCKHOVE, D. (1999). *La piel de la cultura. Investigando la nueva realidad electrónica*. Barcelona: Gedisa.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. (1985). *El Anti Edipo*. Barcelona, Paidós.
- DELANDA, M. (2002). *Intensive Science and Virtual Philosophy*. Londres: Continuum.
- _____. (2006). *A New Philosophy of Society. Assemblage Theory and Social Complexity*. Londres: Continuum.
- GARCÍA, J. (2001). *La sociedad gandalla: de la utopía a la distopía*. México: Ediciones Casa Vieja.
- GIBSON, W. (2021). *Neuromante*. Barcelona: Minotauro.
- HAN, B.-C. (2018). *Hiperculturalidad*. Barcelona: Herder.
- HABERMAS, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa*. Taurus, Madrid.
- HEIDEGGER, M. (1958). La pregunta por la técnica (F. Soler, Trad.). *Revista de filosofía*, 5(1), 55-79. <https://doi.org/10.5354/0718-4360.1958.45002>
- JAKOBSON, R. (1974). *Ensayos de lingüística general*. Barcelona: Seix Barral.
- LÉVY, P. (1999). *¿Qué es lo virtual?* Barcelona: Paidós.
- MCLUHAN, M. (1996). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Buenos Aires: Paidós.
- ORTIZ, J. (2012). *Las redes sociales interactivas: tecnologías streaming y urbanización virtual* [Tesis doctoral]. UAM-Azcapotzalco, México.
- SÁNCHEZ, J. (2015). Cultura visual digital y campos de acción en redes sociales. En R. Winocur, y J. Sánchez (Coords.), *Redes sociodigitales en México* (pp. 162-188). México: Fondo de Cultura Económica; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- TREJO, R. (2015). México enredado. Auge, ligereza y limitaciones en el uso político de las redes sociodigitales. En R. Winocur,



y J. Sánchez (Coords.), *Redes sociodigitales en México* (pp. 17-39). México: Fondo de Cultura Económica; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

WINOCUR, R. (2015). La emergencia de esferas público-privadas en las redes sociodigitales. En R. Winocur, y J. Sánchez (Coords.), *Redes sociodigitales en México* (pp. 62-80). México: Fondo de Cultura Económica; Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.